

CAPÍTULO XIII

El beso de un marido

De ser cierto lo que Velasco anunciaba, no había un momento que perder; porque siendo la marcha del embajador una declaración de guerra, podía acarrear grandes desgracias, vista la precaria situación de Championnet, y acaso la llegada de Salvato impediría la ruptura, determinando al ciudadano Garat á hacer uso de medios conciliadores.

Todos los conjurados quisieron acompañar á Palmieri hasta la embajada; pero Salvato, que gracias á sus recuerdos y al auxilio de un plano, tenía una idea bastante exacta de la topografía de Nápoles, rehusó obstinadamente la oferta, porque sabía que, si por una casualidad llegaba á descubrirse el objeto de su misión, el que le acompañase aquella noche sería presa de la policía napolitana ó blanco del puñal de los esbirros del gobierno.

Por otra parte, el camino no tenía pérdida; para llegar á la embajada de Francia, sita en el primer piso del palacio Caramanico, no había más que

seguir la orilla del mar, dejándola siempre á la derecha y la bandera tricolor y el gorro de la libertad colocado en el frontis indicarian á Salvato el edificio.

Sin embargo, tanto por precaución como por recuerdo de amistad, Palmieri cambió sus mojadas pistolas por las de Nicolino Caracciolo; en seguida se abrochó á la cintura el sable, que había salvado del naufragio, le suspendió al tahalí para que su ruido al arrastrar sobre las baldosas no le comprometiera y se envolvió cuidadosamente en su capa.

Convino en que Salvato saliera el primero y en que diez minutos después de su partida saldrían uno á uno los seis conjurados para dirigirse cada cual por su lado á su respectivo domicilio, á fin de que les fuera más fácil sustraerse á la vigilancia de los que trataran de seguirlos por ese inextricable laberinto de tortuosas callejuelas que se llama la ciudad de Nápoles.

Nicolino condujo hasta la puerta al joven edecán, y enseñándole la cuesta del Pausilipo y las escasas luces que aún brillaban en el barrio de Margellina:

— Ese es vuestro camino, le dijo: no permitáis que nadie se os acerque ni que os siga.

Y los dos jóvenes se separaron después de haber cambiado un afectuoso apretón de mano.

Una vez solo, Palmieri echó una mirada en torno suyo: la calle estaba completamente desierta, y, aunque la lluvia había cesado, la tempestad continuaba todavía; el trueno se dejaba oír á lo lejos, y frecuentes relámpagos iluminaban el horizonte.

Pero no habían transcurrido diez minutos, cuando, luego de sostener una encarnizada lucha con los esbirros de Pascuale de Simone, y que hemos descrito en el capítulo primero, cuando Salvato caía gravemente herido por el cuchillo que le lanzó el esbirro de la reina.

Ya se recordará que la puerta del jardín donde cayó Salvato se abrió y que el joven fué recibido por los brazos de una mujer.

Esta mujer era Luisa que estaba en compañía de Miguel el *lazzaroni*, y de la hechicera Nanno, que acababa de formular su horóscopo.

Según dijimos antes, la ventana de la San Felice se había abierto á la doble detonación de las pistolas. Al grito de terror, lanzado por Miguel: « ¡ Pascuale de Simone, el esbirro de la reina ! » había respondido la joven con este grito del corazón: « ¡ Pues bien, yo le salvaré ! »

Aunque no era muy grande la distancia que mediaba entre el gabinete y la gradería, y entre la gradería y la puerta del jardín, cuando Luisa la

abrió con temblorosa mano, ya habían desaparecido los asesinos, y el cuerpo del joven, apoyado contra aquella puerta, cayó de espaldas en el jardín al ceder el punto de apoyo.

Luisa, con una fuerza de que nunca se hubiera creído capaz, suspendió al herido en sus brazos, le depositó sobre el césped algunas varas más adentro, cerró la puerta con llave y cerrojo y, con el rostro bañado en lágrimas y la voz sofocada por la emoción, llamó en su auxilio á Nina, á Miguel y á Nanno.

Los tres acudieron precipitadamente. Miguel había visto desde la ventana huir á los asesinos y oído el rumor lento y acompasado de los pasos de una patrulla que se acercaba al lugar de la escena, la cual recogería, según todas las probabilidades, á los muertos y á los heridos; así pues, nada tenían ya que temer los que socorriesen al joven oficial, cuyo rastro quedaría perdido aún para los ojos más perspicaces.

Miguel suspendió á Salvato por medio del cuerpo, Nina por los pies y Luisa por la cabeza; y con esa precaución y delicadeza exquisitas con que las mujeres saben manejar los enfermos y los heridos lo transportaron al interior de la casa.

Nanno se había quedado atrás. Inclínada hacia

el suelo y murmurando entre dientes algunas palabras mágicas, empezó á recorrer el jardín buscando plantas medicinales, que sólo ella conocía, entre la abundante hierba que tapizaba los rincones del huerto y crecía entre las grietas de las paredes.

Así que depositaron en el gabinete de Luisa el ensangrentado cuerpo de Palmieri, Miguel, que había permanecido un momento pensativo, dijo de pronto á la San Felice:

— Hermanita, el caballero no tardará en venir. ¿Qué dirá cuando vea que en su ausencia y sin consultarle has recogido á este infeliz y gallardo joven?

— ¡ Le compadecerá como yo le compadezco, Miguel, y aprobará mi conducta! respondió la joven alzando la frente, en la cual resplandecía como una aureola de dulce serenidad.

— Sí, conozco sus sentimientos, y sé que la aprobaría si este asesinato fuese un asesinato ordinario; pero, cuando sepa que el asesino se llama Pascuale de Simone, ¿ se atreverá el bibliotecario del príncipe Francisco á dar asilo en su casa á un hombre herido por el esbirro de la reina?

Luisa permaneció un rato pensativa.

— Tienes razón, Miguel, dijo después de algunos segundos de silencio. Veamos si el herido poseeal-

gunos papeles que nos indiquen adónde podríamos llevarle.

Miguel registró las faltriqueras de Salvato, pero sólo encontró en ellas el reloj y el bolsillo, lo cual indicaba que el robo no había sido el móvil del crimen: en cuanto á papeles, ó no los traía ó habían desaparecido.

— ¿ Qué hacer, Dios mío? exclamó Luisa. No podemos abandonarle en el estado en que se halla.

— Hermanita, dijo Miguel con aire de triunfo, como si acabara de encontrar la resolución del problema; ¿ no habíamos convenido en que, si el caballero llegase mientras que Nanno te dijera la buenaventura, saldríamos por casa de tu amiga la duquesa de Fusco?... pues bien, esta casa está vacía y tú tienes las llaves...

— ¡ Oh! ¡ es verdad! ¡ es verdad! exclamó la joven. Sí, llevémosle á casa de la duquesa, y allí le colocaremos en uno de los cuartos cuyas ventanas dan al jardín. ¡ Gracias por tu buena idea, Miguel! De ese modo, si el pobre joven no muere, podremos prestarle todos los cuidados de su triste situación.

— Y no sabiendo tu marido una palabra, repuso Miguel, su ignorancia le servirá en último caso de

disculpa, lo que no sucedería si le contásemos lo ocurrido.

— Sí, le juzgas acertadamente; antes que mentir, sería capaz de sacrificarse. Preciso es, pues, que lo ignore todo. Y no porque yo dude de su corazón; pero, como tú dices, no puede colocarle en el compromiso de faltar á su deber como amigo del príncipe ó á su conciencia como cristiano.

En aquel momento la hechicera entraba con un manojo de hierbas de diferentes familias.

Alúmbranos, Nanno, añadió Luisa: vamos á trasladarle y que no quede en la casa rastro alguno de su presencia.

La hechicera cogió la lámpara, y el cortejo atravesó tres ó cuatro habitaciones y concluyó por desaparecer tras la puerta que comunicaba con el edificio contiguo.

Pero no habían hecho sino depositar al herido sobre una cama en la habitación que había indicado la San Felice, cuando Nina, menos preocupada que su señora, se acercó á ella y le tocó ligeramente el hombro.

La joven comprendió que la doncella reclamaba su atención y aplicó el oído.

En aquel momento se oyeron golpes en la puerta del jardín.

— ¡ Es el caballero! exclamó Luisa.

— ¡ Pronto, pronto, señora! dijo Nina; id á vuestro cuarto, acostaos envuelta en vuestro peinador... yo me encargo de lo demás.

— ¡ Miguel! ¡ Nanno! repuso la joven, recomendándoles el herido con un gesto supremo.

Un signo afirmativo de aquéllos la tranquilizó hasta cierto punto.

En seguida traspuso la puerta de comunicación, y anhelante, desatinada, murmurando palabras incoherentes, como una persona que sale de un sueño penoso, entró en su alcoba, retiró sus medias y sus chinelas colocándolas sobre una silla, se echó en la cama, y con el corazón agitado, pero comprimiendo la respiración, cerró los ojos aparentando dormir profundamente.

Cinco minutos después, el caballero San Felice, á quien Nina había hecho creer que el cerrojo de la puerta del jardín se hallaba corrido por una distracción suya, entraba de puntillas en la alcoba de su esposa, con el rostro risueño y una palmatoria en la mano.

Detúvose un momento delante de la cama, contempló á Luisa á la luz de la bujía color de rosa, é inclinándose poco á poco, acercó los labios á su frente murmurando estas palabras:

— ¡ Duerme tranquila bajo la mirada del Señor, ángel de pureza, y que el Cielo te preserve de hallarte en contacto con los ángeles de perdición de quienes acabo de separarme !

Luego, respetando aquella inmovilidad del sueño, salió de puntillas como había entrado, cerró la puerta de la alcoba y se dirigió á su habitación.

Pero no bien desapareció el último rayo de la luz de la bujía, cuando la joven se incorporó en la cama y se puso á escuchar, con el oído atento y las pupilas dilatadas. Todo había vuelto á entrar en la obscuridad y en el silencio.

Entonces, levantó la colcha de seda bajo la cual se había abrigado, extendió con precaución su desnudo pie hasta el pavimento de azulejos, y, con una rodilla sobre el borde de la cama y apoyando sus manos en la cabecera, volvió á escuchar: tranquila por la ausencia de todo ruido, avanzó hacia la puerta opuesta á la que había dado entrada al caballero, ganó el corredor que conducía á casa de la duquesa y, ligera y muda como una sombra, llegó hasta el cuarto en que se hallaba el herido.

Éste continuaba sin conocimiento. Miguel se entretenía en machacar en un mortero de bronce las hierbas cogidas por la albanesa, y Nanno exprimía el zumo de aquellas plantas en la herida de Palmieri.

CAPÍTULO XIV

El caballero San Felice

En uno de los capítulos precedentes dijimos que el caballero San Felice era un sabio.

Aunque los sabios, como los viajeros de Lorenzo Sterne, pueden dividirse y hasta subdividirse en multitud de categorías, creemos, sin embargo, que deben clasificarse en dos grandes especies:

Los sabios fastidiosos;

Los sabios divertidos.

La primera especie es la más numerosa y la que tiene mayor fama de sabiduría.

Nosotros hemos tenido ocasión de conocer en el curso de nuestra vida algunos sabios divertidos; en general, renegaban de ellos sus cofrades, como de hombres que echaban á perder el oficio mezclando á la ciencia algunos adarques de ingenio.

Pues bien; preciso nos es confesar, por más que nuestra franqueza le perjudique en el ánimo de nuestros lectores, que el caballero San Felice pertenecía á la segunda especie, esto es, á la de los sabios divertidos.